

breve, dice el mercader; luego es menester aprovecharle para hacer negocio. Solo, ó casi solo el cristiano no sabe sacar la debida consecuencia en órden à la otra vida, confesando que es breve el tiempo de la presente. Parece que solo en el negocio que mas nos importa estamos faltos de juicio y de razon.

El evangelio es del cap. 24 de san Mateo, y el mismo que el dia XIX, pág. 466.

MEDITACION.

DE LOS FRUTOS DE LA PENITENCIA.

PUNTO PRIMERO.

Considera la mucha razon que tuvo el Salvador del mundo para encargarnos tanto el cuidado de que no nos engañasen. Bien se puede decir que en punto de salvacion no hay cosa mas comun que la ilusion y el engaño. Nunca se muestra mas ingenioso nuestro amor propio para alucinarnos; ¿y qué hacemos nosotros para no ser engañados?

Tal vez nos valemos de ciertos ejercicios espirituales, de ciertas devociones, de ciertos actos de virtud ejercidos muy superficialmente, à cuya sombra nos atolondramos y vivimos muy tranquilos sobre muchos puntos que están pidiendo reforma. Cayóse en pecado; todos imaginan haber hecho penitencia; pero ¿dónde están los frutos de ella? Sin embargo, toda penitencia infructuosa es como si no se hiciese. En vano se lisonjea el hombre de una conversión exterior, si no está convertido el corazón.

Por frutos de penitencia no se entienden solamente las maceraciones del cuerpo, sino principalmente la mortificacion de las pasiones y la reforma de las costumbres: estos son propiamente los frutos que espera Dios de nuestra penitencia.

La frecuencia de sacramentos, la oracion y las buenas obras son sin duda grandes medios para llegar à la perfeccion; pero si no obstante unos medios tan poderosos nos mantenemos siempre imperfectos, siempre altivos, impacientes, envidiosos, inmortificados y coléricos, ¿se podrá contar mucho con el uso de esos medios?

Actos son de penitencia las austeridades corporales, pero el fruto de esta penitencia exterior debe ser la mortificacion de las pasiones y la reforma de las siniestras inclinaciones del alma. ¿De qué servirá un exterior humilde y reformado, si se abriga la hiel en el corazón, y si el orgullo secreto es la pasion dominante?

Pero no basta llevar frutos de penitencia. Son tan comunes las adversidades en esta vida, y tan frecuentes los trabajos, que en este sentido apenas habria árboles estériles. Es menester producir frutos dignos de penitencia, es decir, frutos verdaderos de penitencia, dignos de ser presentados al Señor, agradables à sus divinos ojos, y que sean de su gusto. ¿Tienen estas calidades los que yo he producido hasta aqui? ¿son de esta especie?

Esos ayunos tan mal observados, esas mortificaciones de tan poca duracion y tan ligeras, esas muestras, esas apariencias de arrepentimiento y de penitencia, ¿no son frutos verdes y tardíos que nunca llegan à madurar?

Mi Dios, ¡y cuánto es de temer que al tiempo de la cosecha en que tomáis cuentas tan exactas, y en que el padre de familias examina tan escrupulosamente lo que producen sus tierras, no nos hallemos alcanzados en muchas partidas!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la penitencia sin fruto es penitencia sin mérito. ¿Cuántos padecen sin que reciba Dios sus

trabajos! Son muchos los afligidos, pero pocos los penitentes.

La vida religiosa es un continuo ejercicio de penitencia. ¿Y no sería mucha desgracia haber llevado sin fruto una vida austera y penitente? Pero ¿qué fruto? Un religioso entregado enteramente á la tibieza y á la relajacion; un religioso todo lleno, todo ocupado del espíritu del mundo, ¿qué fruto puede sacar de su penitencia? ¡Oh, y qué necesidad es no quererse aprovechar de los frutos de la cruz que necesariamente se lleva á cuestras! No por eso se padecería mas; antes se padecería mucho menos, porque los frutos, aunque se presentan amargos, son verdaderamente dulces y sabrosos. No se percibe esta dulzura, porque se busca la satisfaccion fuera de la cruz.

Ninguno hay que no tenga mucho que padecer en esta vida. En todas partes hay trabajos; ni están exentos de ellos los que viven con mayores conveniencias. Todo terreno produce este género de plantas. ¿Porqué dejaremos perder el fruto que dan? Padezcamos á lo menos con paciencia, ya que no seamos tan santos y tan generosos, que padezcamos con alegría. Ofrezcamos nuestros trabajos á Jesucristo uniéndolos con los suyos; aceptémoslos como castigo muy merecido por nuestros pecados. No por eso nos afligirán mas, y por otra parte no será sin fruto; antes harán parte del fruto de nuestra penitencia.

¿Nos costaría mucho trabajo el hallar los miserables frutos de nuestras pasiones, de nuestras inclinaciones viciosas, y los que produce el terreno de nuestra iniquidad? Pero ¿cuánto nos costaría encontrar los frutos dignos de nuestra penitencia! Sin embargo, el día va declinando, el tiempo de la cuenta se acerca, hallámonos casi al fin de la carrera, tocamos la sepultura con el pié. ¿Quién nos asegurará de lo contrario?

¿Qué frutos ha dado hasta aqui nuestra penitencia? Frutos secos y amargos por no haberlos dulcificado el riego de la divina gracia; frutos verdaderamente podridos por la impaciencia, el enfado y el desabrimiento con que ha ido acompañada nuestra penitencia; frutos inútiles y sin sazón, porque la cobardia, la inconstancia y el haber vuelto la pasión no los dejó madurar. Y en medio de eso, esta es toda nuestra provision; este es, por decirlo así, todo el descargo con que salimos de este mundo para comparecer ante el tribunal de la divina Justicia.

Mi Dios, todavía estoy por vuestra infinita misericordia en estado de hacer menos infructuosa mi penitencia. Confieso que por áspera y por larga que sea, nunca será correspondiente á mis maldades; pero espero con el auxilio de vuestra divina gracia hacer en adelante frutos de penitencia que no merezcan ser desechados de vos.

JACULATORIAS.

Laboravi in gemitu meo, lavabo per singulas noctes lectum meum: lacrymis meis stratum meum rigabo.
Salm. 6.

Vos sabéis, Señor, las lágrimas que me han costado mis culpas; llorarélas por toda la vida sin exceptuar aun el tiempo destinado al necesario descanso, porque regaré mi cama con las lágrimas de mis ojos.

Domine, ante te omne desiderium meum: et gemitus meus à te non est absconditus. Salm. 37.

Bien veis, Señor, lo que siente mi corazón, y testigo sois de mis lágrimas y de mis suspiros.

PROPOSITOS.

1. Asombro es que los mas obligados á hacer penitencia sean los que menos hacen. ¿Cuántas imposibi-

lidades quiméricas, ó á lo menos cuántas dificultades insuperables se alegan cuando se trata de admitir una ligera penitencia por las mas enormes culpas! Pocas señoras del mundo, pocos jóvenes disolutos pueden ayunar; ¡qué digo ayunar! los mas pretenden que se les debe dispensar hasta de la misma abstinencia. Si se trata de dar limosnas, hay deudas, hay una numerosa familia, está una persona cargada de obligaciones. Si se habla de algunas devociones en la iglesia, de un rato de oracion, no se puede, no hay tiempo, lo estorban las visitas; de manera que los mayores pecadores parece que el día de hoy se consideran desobligados de hacer penitencia. Pero ¿cómo se podrán lisonjear de ser penitentes? Examina si has estado hasta aquí en este error. Guárdate bien, cuando te llegues al sagrado tribunal de la penitencia, de consultar tu sensualidad, tu amor propio y tu delicadeza. Considerate á los piés del confesor como á los piés de Jesucristo. Él es tu médico, no te toca á tí escoger los remedios; él es tu juez, no te corresponde á tí determinar la sentencia ni la pena que se te impone en satisfaccion de tus pecados. ¿Qué señal hay de contricion en todas esas quisquillosas dificultades, en todas esas vanas excusas? Acepta siempre con humildad y con sumision la penitencia que te impusieren. O gran Dios, ¡qué proporcion entre la pena y la culpa! Pero si te considerares obligado á representar alguna cosa, hazlo con tanto rendimiento y con tanta indiferencia, que se conozca tiene en ello mas parte la razon que la sensualidad.

2. No creas que la penitencia que te impone el confesor te excusa de hacer otra; aquella es como prenda de esta. Toda la vida de un cristiano, y sobre todo de un cristiano pecador, debe abundar en frutos de penitencia. Si no todos se pueden macerar con largas abstinencias y con otras austeridades, todos, sin

T. g.

P. 627.



Š. COSME Y S. DAMIAN,
MÁRTIRES.

exceptuar uno solo, se pueden y se deben mortificar. Son muchas las especies que hay de frutos de penitencia. Todas cuantas cosas se presentan te pueden dar ocasion para oponerte á tus inclinaciones naturales. El humor, el genio y hasta las mismas pasiones pueden servir para dichosa fertilidad. No hay tiempo ni lugar que no proporcione algun motivo para el ejercicio de la penitencia. Hay ciertas circunstancias en que te vienen grandes impulsos de ver ó de hablar; ; qué bella ocasion para callar y bajar los ojos! Puede granjearte grande aplauso en una conversacion un dicho agudo y á tiempo, una zumba con discrecion; pero suprimiendo uno y otro, te ofrecen tambien materia para un grande sacrificio. Siendo la conversion del corazon y la reforma de las costumbres los que se llaman con propiedad verdaderos frutos de penitencia, vive de manera que se reconozcan en tu modestia, en tu moderacion y en toda tu conducta. Donde no hay reforma, ni hay frutos de penitencia, ni hay conversion.

DIA VEINTE Y SIETE.

SAN COSME Y SAN DAMIAN, MÁRTIRES.

San Cosme y san Damian fueron hermanos, naturales de la ciudad de Eges. ó de Egea en la Arabia. San Gregorio Turonense es de opinion que fueron gemelos, de una familia distinguida y considerable por los grandes bienes que poseia, pero mucho mas por el cristianismo que profesaba. Muerto su padre, se halló su madre Teodora con cinco hijos, Antimo, Leoncio, Euprepo, Cosme y Damian, á quienes la piadosa viuda procuró dar una cristiana educacion, no perdonando medio alguno para conseguirlo. Pudo